

Des-restauración *versus* restauración en la iglesia de Santa María de la Fuente, Concatedral de Guadalajara

José Juste Ballesta, Doctor arquitecto. ALPRM

El caso de Sta. María de la Fuente, un monumento necesitado de clarificación; el estado inicial...

La iglesia Concatedral de Santa María de la Fuente, o Santa María la Mayor, es uno de los edificios más antiguos de la ciudad alcarreña, y además uno de los escasos testimonios medievales que conserva en la actualidad Guadalajara, la antigua *Wad-al-Hayara* musulmana. Su emplazamiento se ubica precisamente en un sector de la ciudad caracterizado en época islámica por su notable protagonismo urbano. Es muy probable, además, que la traza mudéjar de las partes más antiguas del edificio –es decir, la torre y las naves, edificadas a mediados del siglo XIV- guarden relación con la notable presencia de moriscos documentada en Guadalajara hasta un momento histórico muy tardío. En todo caso, la relación compositiva de las portadas occidental y meridional con los modelos nazaríes contemporáneos es evidente.

El núcleo inicial de aquella iglesia mudéjar primitiva sería modificado y ampliado posteriormente en diversas ocasiones hasta lograr la configuración actual, destacando de entre estos episodios transformadores de la tipología inicial la agregación en los últimos años del siglo XV o primeros del XVI del atrio porticado que rodea al templo por sus lados meridional y occidental, así como la posterior ejecución de la actual cabecera barroca. Con esta última operación se dotó a la iglesia, una vez demolida su primitiva cabecera mudéjar, de un transepto compuesto por unos brazos escasamente desarrollados y un presbiterio de ábside plano, flanqueado por dos capillas. Todo el espacio interior fue así mismo acondicionado con un tratamiento abovedado barroco, que incluía una gran cúpula con linterna sobre el crucero, aprovechando el soporte mudéjar, que quedó de esta forma completamente escamoteado. Años antes, la coronación originaria de la gran torre mudéjar –probablemente el mejor exponente arquitectónico del conjunto- había sido sustituida así mismo por un esbelto chapitel de pizarra.

La configuración del edificio, tal y como llegó a principios del siglo XX, era pues en síntesis el producto de las transformaciones renacentistas y barrocas de un edificio mudéjar, con resultados consistentemente contradictorios e incluso chocantes, que se manifestaban, por ejemplo, en la composición desaliñada de la fachada principal, o en las desgarbadas proporciones del oscuro interior.

La destartalada, vieja y entrañable iglesia de Santa María, fruto de tantas manipulaciones, continuó siendo objeto de nuevos y desafortunados arreglos a lo largo del siglo XX, realizados todos ellos con escasos medios y cortedad de miras, que vinieron a trastocar aún más si cabía la imagen final. Así, en los primeros años de aquel siglo se colocó un pintoresco peto neomudéjar alrededor del chapitel del campanario, alterando su morfología y su lógica constructiva. A mediados de siglo, el colapso de uno de los pilares interiores que sostienen la arquería de separación de la nave central y la nave

sur motivó una reconstrucción que afectó a una parte importante del templo, realizada, una vez más, con medios cicateros.

En un intento de dignificar el aspecto que ofrecía el templo mayor guadalajareño, también el exterior fue objeto en tiempos más recientes de sucesivas intervenciones, tales como la realización de una cornisa de hormigón en la coronación del frontón mixtilíneo de la nave central y de unos abultados espúreos. Finalmente, se pavimentó el ámbito del atrio con un modesto empedrado que terminó de empobrecer el aspecto exterior del conjunto concatedralicio, el cual, paradójicamente, había ido adquiriendo un mayor protagonismo urbano a raíz de los sucesivos acondicionamientos del entorno.

Consiguientemente, la necesaria mejora formal del aspecto exterior del edificio histórico debería de establecerse forzosamente a partir de un equilibrio entre la clarificación de las características específicas de cada uno de los componentes del conjunto, y el refuerzo de los aspectos comunes a todos ellos. Y por otro lado, en el interior había que lograr la coexistencia entre los dos sistemas principales, tan alejados conceptualmente entre sí, que habían configurado la personalidad del edificio, es decir, el conjunto mudéjar de los siglos XIV y posteriores, y las fábricas barrocas del XVIII, cuyo tratamiento preferencial en uno u otro sentido había dado pie hasta la fecha a propuestas encontradas.

Y es que los revestimientos barrocos habían preservado, ocultas en el bajo cubierta, las partes altas del antiguo edificio mudéjar, incluido el alfarje de la nave central, cuya función había quedado reducida a la de simple elemento soportante de la cubierta. Se trataba, pues, de recuperar y hacer compatibles aquellos elementos mudéjares conservados por encima del nivel de las bóvedas, con los ámbitos inferiores del templo acondicionados con lenguaje barroco.

En otoño de 1994, el Obispado de Sigüenza-Guadalajara encargó al arquitecto Enrique Nuere y a mí mismo un estudio del estado de la Concatedral y unas propuestas de actuación. Entre tanto, el colapso generalizado de la armadura del atrio, que tuvo que ser apuntalado con urgencia, aceleró la formulación de un proyecto de restauración que afectaba a dicho atrio, y a las cubiertas de las naves, para cuya ejecución hubo que suscribir un convenio entre la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, el Obispado, el Ayuntamiento de Guadalajara, y la Diputación Provincial. La ejecución de las obras se prolongó hasta el año 1997.

Posteriormente, se realizaría una segunda fase con la que se concluyó la consolidación y restauración de todo el conjunto, a excepción del interior, que aún está por hacer. Esta nueva fase sería asumida por el Ministerio de Educación, Cultura y Deportes con cargo al Plan de Catedrales, y afectó a la totalidad de la cabecera del templo, habiéndose concluido en el año 2002.

Las actuaciones realizadas: historia de una reflexión sobre las preexistencias, y de una revisión crítica de las intervenciones de restauración anteriores

La filosofía general del proyecto redactado para aquella primera fase consistía en revalorizar las distintas partes que constituían el sistema concatedralicio, procediendo a eliminar con firmeza, pero con rigor metodológico, las situaciones anecdóticas o degradantes, así como las aportaciones restauratorias improcedentes. Todo ello atendiendo al mismo tiempo a los requerimientos constructivos y funcionales del edificio, así como a la necesidad de poner en sintonía su imagen con la fuerte carga simbólica y representativa que este templo posee para la capital alcarreña. Por lo que se refiere al interior, era posible lograr la antes mencionada coexistencia entre las estructuras mudéjares y las barrocas si, una vez restaurados y revalorizados convenientemente las primeras, se acondicionaban convenientemente para su visita.

Se iniciaron las actuaciones de esta fase desmontando el atrio, que ya había sido manipulado en diversas ocasiones, y del que sólo se conservan como elementos originales los fustes y los capiteles de las columnas. Tras ello, se efectuaron los estudios arqueológicos, que consistieron primordialmente en una exhaustiva lectura estratigráfica de paramentos, cuya aplicación novedosa para aquellos años aportó una rica información acerca de las distintas etapas constructivas del edificio.

La restauración de las cubiertas y de sus ámbitos internos respondió a criterios de consolidación y restauración pura, aplicándose con especial esmero el principio de conservar la mayor cantidad posible de materia histórica; como quiera que, sin embargo, las armaduras habían perdido buena parte de sus elementos originales, se efectuaron intensas reintegraciones con vistas a recuperar las características constructivas y espaciales de las armaduras mudéjares originales, lógicamente hasta donde ello era posible sin caer en el falso histórico.

En cuanto a las fábricas, se demolieron las deplorables reconstrucciones realizadas en los años 50, y se rehicieron posteriormente con técnicas constructivas de calidad, compatibles con las históricas. Se hizo especial hincapié en la consolidación de los tapiales y en la fijación de los restos de los sucesivos revestimientos de acabado originales. Finalmente, se colocaron pasarelas y una iluminación dispuesta para servicio específico de la contemplación de los componentes mudéjares.

Mayor complejidad conceptual adquiría la intervención en el exterior, dado que, como se ha dicho, había que contar con la necesidad de dignificar el aspecto final del exterior del monumento. El mayor problema lo constituía el hecho de que la totalidad de la fachada ofrecía un aspecto inconexo, producto de sucesivas transformaciones históricas, y de las diversas intervenciones posteriores que se habían iniciado con la desafortunada implantación del frontón curvilíneo con que se había sustituido el frontón recto inicial, y cuyo derrumbamiento había sido ocasionado por el empuje del artesonado interior.

La total carencia de regularidad compositiva de la fachada producto de las sucesivas intervenciones se manifestaba también en la disposición desplazada de la portada nazarí respecto del eje principal de la misma, la diferencia de dimensiones y alturas de los huecos y, sobre todo, en la distinta anchura de las naves laterales cuyos faldones, además, poseían distinta pendiente. En cuanto a los cerramientos laterales de la nave central, su calidad formal y constructiva era del todo nula.

Ante este panorama, y una vez picados los enfoscados de cemento que cubrían los paramentos de ladrillos históricos, se optó por dejarlos vistos, una vez restaurados, con la doble finalidad de potenciar el aspecto unitario del edificio, basado en el uso predominante del ladrillo, y de dejar manifiesta la autenticidad de las fábricas históricas. También se demolieron las pésimas reconstrucciones sectoriales de los muros del cerramiento de la nave norte, y se aumentó su altura –dejando reconocible esta operación en el interior del bajo cubierta-, hasta igualar la del alero lateral de la nave sur.

Finalmente, se reconstruyó el frontón de acuerdo con el perfil que había poseído en el siglo XVI, según habían puesto de manifiesto los estudios históricos, y se revistieron con ladrillo los cerramientos laterales. Con el fin de dejar manifiesta la contemporaneidad de la reintegración historicista así realizada, se incluyeron unos bajorrelieves en bronce datando la intervención.

Por lo que se refiere a la reconstrucción del atrio, se sustituyó la armadura que había sufrido el colapso por otra dotada de mejores condiciones constructivas. En cuanto a la columnata, se repusieron los fustes sobre unos basamentos nuevos, diseñados con proporciones canónicas, en sustitución de las basas improcedentes anteriores. Se acondicionaron así mismo las plataformas del atrio, de manera que éstas tuvieran un acuerdo adecuado con el espacio público circundante, y una mayor dignidad constructiva y formal. En el año 2000 se reiniciaron las actuaciones, centradas esta vez en la recuperación de las fábricas que configuran todo el sector oriental del templo, incluida la torre.

Como en la fase anterior, la nueva actuación estaba constituida por una suma de actuaciones de restauración pura de los componentes históricos, y de “des-restauraciones” de las aportaciones no históricas que se demostraban incapaces de resistir un análisis crítico.

En general, la actuación en las cubiertas estaba orientada a la recuperación de su capacidad funcional, comprometida por el escaso mantenimiento y por la modestia de las soluciones constructivas aplicadas en su elaboración. Consiguientemente, se respetaron las condiciones iniciales de éstas, reponiendo los elementos dañados, pero cuidando de mejorar las soluciones constructivas de las situaciones más comprometidas, tales como encuentros entre faldones y paramentos, limas, impostas, aleros, etc.

La intervención principal en este sector estuvo centrada en la recuperación del transepto, que era la zona más degradada y, al mismo tiempo, el sector de la aportación barroca dotado de un mayor valor arquitectónico. Afortunadamente, la armadura que sostenía la pesada linterna que corona el cuerpo superior del crucero se hallaba en un aceptable estado de conservación, por lo que bastó con reforzar con prótesis los elementos de madera más debilitados y con introducir algunos tirantes de varilla de acero para recuperar el estado de equilibrio del conjunto del transepto. Tras ello, se sanearon los cerramientos de ladrillo, y se rehizo con materiales nobles el remate de la linterna.

Pero la acción “des-restauradora” más llamativa fue la realizada en la torre, que probablemente constituye el episodio más sobresaliente de todo el conjunto monumental de Santa María. El imponente campanario mudéjar que, como se ha referido anteriormente, estuvo separado hasta el siglo XVIII del cuerpo de la iglesia, es muy semejante a la madrileña torre de San Pedro el Viejo y, como ésta, se halla así mismo coronado por un gran chapitel barroco, que a su vez es muy similar al de la Catedral-Magistral de Alcalá de Henares. Este remate, construido sobre un levante que sortea la cúpula de ladrillo del cuerpo de campanas, vino a sustituir la terminación mudéjar que, según Pavón, debía de estar constituido por una terraza plana con un cuerpo menor, a modo de “Giraldillo”.

Como se dijo anteriormente, en los primeros años del siglo XX, y a la vista de los daños que presentaban los faldones del chapitel, se ejecutó una intervención en éste, consistente en la eliminación de las partes inferiores del chapitel del XVI, las cuales fueron sustituidas por un pintoresco peto neomudéjar decorado con arquillos ciegos y remates piramidales en las esquinas; este peto escondía un canalón para recogida de las aguas que, una vez atorado convenientemente por la suciedad, constituía un foco de humedad que afectaba de manera permanente a la armadura del chapitel. Además, se alteró profundamente el comportamiento constructivo de aquélla.

Dada la relativa proximidad en el tiempo de la actuación realizada, existía una documentación fotográfica que reflejaba suficientemente el estado previo a la reforma realizada, conservándose por otro lado diversos ejemplos tipológicamente afines al chapitel de Santa María, por lo que la operación de “des-restauración” propuesta no revestía dificultad desde el punto de vista metodológico; a pesar de ello, habían sido necesarios varios años para “convencer” a los responsables locales en materia de Patrimonio de la oportunidad de restituir los elementos que habían sido eliminados del chapitel.

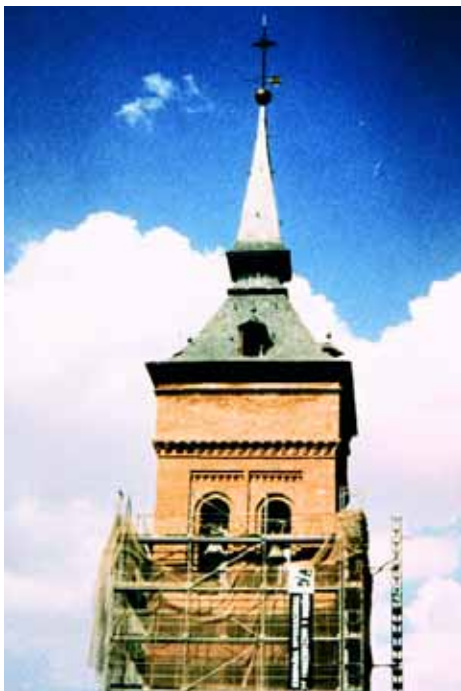
Pero la actuación pudo realizarse finalmente, y una vez repuestos los componentes del chapitel desaparecidos, se acometió la rehabilitación de los cuerpos interiores de la torre. El resto de la intervención, de carácter ordinario, se realizó sin mayores problemas, quedando tras ella más patente si cabe, la belleza de la arquitectura mudéjar de la torre, una vez que su chapitel de coronación barroco hubo recuperado su antigua dignidad formal y constructiva.



Estado general de la iglesia de Santa María de la Fuente, Concatedral de Guadalajara, previo a la intervención. Foto: José Juste Ballesta



Acondicionamiento de los ámbitos mudéjares del bajo cubierta. Foto: José Juste Ballesta



Chapitel de la torre, después de la "des-restauración".
Foto: José Juste Ballesta



Estado final del exterior de la Concatedral, tras la restauración. Foto: José Juste Ballesta